

con humaredas y puntos apresurándose que son hombres y son mujeres y son cosas nuevas y curiosas y duras y difíciles y vibrantes e inmensas, que se elevan firmemente con gran paso ondulante hacia la inmortal luz solar...

A su vuelta, Cummings compartirá departamento en Nueva York con Dos Pasos, cuya novela sobre Manhattan (1925) será celebrada como "de técnica cubista".

En fin, es obligado que ignore, esta noche en que escribe, que en este año de 1917 aparecerá en Francia un volumen dedicado a un muerto en acción en el mes de mayo, volumen titulado *Calligrames*, cuando pone la hoja de papel en el carro de la máquina y escribe o reescribe o desmonta un poema en verso libre y comienza a jugar con la máquina de escribir y elige, bueno, hacer un poema que sea como una pintura sobre la página, para lo cual es necesario Cézanne o hacer uso de una paleta amplia que se concentre en zonas como imágenes brumosas o de luz tocada aquí y allá atmosféricamente, y entonces Cummings ya escribe este poema en el que se atreve a partir las palabras para darles una disposición espacial que evoque manchas de color, sensaciones gustativas, olfativas, imágenes que son de luz y de celaje o humo, y la sugerencia de una locomotora que casi está ya visualmente presente en la palabra locomotora con todas esas ruedas de la o y la chimenea de la l pero ahora verticalmente en chimenea y volutas de humo, un jarrón que arrojará violetas



Cuando en 1925 Cummings recupere este poema y lo coloque a la cabeza de su tercer libro, *XLI Poems*, la disposición tipográfica habrá variado notablemente y la puntuación habrá ingresado

para conjurar la ambigüedad. Las palabras estarán entonces distribuidas en una sola columna de humo que sugiera un caligrama, conforme el poeta se aleja ostensiblemente del uso de la página como tela policromada. Hubo ahí una elección que se mantendrá a lo largo de su obra poética: hacer un poema visual sin pintarlo. Es como si Cummings hu-

biese dicho No, no tengo que hacer pintura en mis poemas. Soy pintor. □

• La primera versión de "The/sky/was", que aquí se reproduce, fue recogida póstumamente por George James Firmage y Richard S. Kennedy en *Etcetera. The Unpublished Poems of E. E. Cummings*, Nueva York y Londres, Liveright, 1983.

El alivio de Goethe

Hugo Diego Blanco

"Asimismo he de mencionar aquí una particularidad de mi modo de ser. Siempre que sobre el mundo político se cierne alguna nube amenazadora, me refugio, obstinadamente, en lo más apartado de nosotros. Por eso, a mi regreso de Karlsbad, me consagré con mayor solicitud al estudio del Imperio Chino." Esta confesión de Goethe seguramente fue motivada por los estragos que provocó la batalla de Leipzig en 1813. Es conocida la prolífica historia del agobiado espíritu alemán y de su desdoblamiento en densos tratados filosóficos y en los casi interminables estudios de teoría social y política. Menos común en esta imagen ya típica es la figura de un poeta cuyas preocupaciones eran aliviadas con el estudio de la historia de un imperio irreal aunque tangible. Ignoro qué libros sobre China existían en la biblioteca de Goethe. Tal vez traducciones hoy perdidas de libros de la dinastía Tang que fueron comprados en Macao por un comerciante inglés y que después serían trasladados al alemán por un misionero de Estrasburgo. O quizás las primeras versiones manuscritas de un libro de poesía que originalmente estuvo compuesto por doscientos cincuenta mil versos y que el paso del tiempo redujo a catorce mil versos, después a tres mil, para terminar siendo una indecifrabable historia escrita con novecientas resplandecientes palabras.

Goethe, en una conversación con Eckermann, mostró la profunda pena que le causaba ver a un hombre inteligente como Schiller "torturarse con sistemas filosóficos que no podían ayudarlo". Goethe eligió refugiarse en los libros que replegaban las calamidades de Occidente con las leyendas orientales. La tristeza de un poeta, los vastos dominios de un Imperio y la necesidad moral de mirar a lo lejos son cisnes ciegos que esconden una batalla en donde el pensamiento se enfrenta con las malas influencias del sufrimiento. En el límite de un presente envuelto en un tiempo nublado, Goethe prefería como respuesta una historia secreta y distante y su inquieta inteligencia descansaba leyendo las reflexiones de un filósofo chino que nació en un clemente invierno, en la undécima luna del año vigésimo segundo del reinado de un emperador que fue destruido por su inmodestia. Aquel filósofo había sido testigo de los desórdenes en la corte que fueron provocados por las hermosas mujeres que un reino vecino había regalado al emperador para que éste se olvidara del bien y las antiguas costumbres. El pensador chino estaba convencido de que un imperio debería ser guiado con virtud y buenas ideas por los designios de un rey filósofo y en el caso de que aquél no lo fuera, tendría que hacerse aconsejar por ministros filósofos. El hombre que nació en

un benigno invierno enseñó los principios de su moral a más de tres mil discípulos que lo seguían por todo el imperio. De aquellos admiradores solamente setenta y dos cultivaron de manera radical los preceptos de una filosofía que enunciaba sentencias sombrías o perturbantes. No abarques demasiadas ocupaciones; muchos asuntos arrastran consigo muchos disgustos. No busques ni la alegría ni la tranquilidad exagerada, porque andarías buscando es ya una pena y un obstáculo para la quietud. De un fuego escondido por mucho tiempo se hace un incendio difícil de extinguir, un fuego cuyas llamas aparecen inmediatamente a la vista fácilmente se apaga. Muchos arroyos que confluyen forman un caudaloso río y muchos hilos juntos forman una cuerda difícil de romper.

Es posible deducir que la afición a la geología que Goethe practicaba haya sugerido a los poderosos amigos del poeta la idea de que se ocupara de los asuntos relacionados con la minería de su país. En alguna época también desempeñó algunos cargos en el ministerio de Comunicaciones y en el de Hacienda. "No tengo otra cosa que decirte de mí sino que me sacrifico a mi profesión" escribió en una carta. Cuesta trabajo imaginar a Goethe entre actos públicos, rumores de oficina e innumerables hojas selladas, pero tampoco es común representarlo como un minucioso sinólogo que trata de rescatar del mito a la historia la figura del primer soberano de los chinos. De aquel personaje que es representado en algunas esculturas como un Tritón, es decir un ser con apariencia humana hasta la mitad del cuerpo y de la cintura hacia abajo con una piel escamosa parecida a la de una serpiente. ¿Qué significa esta inclinación de Goethe? Tal vez nada o quizás tenuemente indique otros nombres de la poesía; la extrañeza y el agravio, la suavidad de la distancia y de un antiguo idioma. En una carta que Goethe escribió el 10 de noviembre de 1813 y que estaba dirigida a K.L. von Knebel, el poeta nos da una respuesta que ilustra el camino de un alivio y una fatiga: "Particularmente me he dedicado con gran aplicación al estudio de China y de todo lo relativo a ella. Me he reservado y aislado este importante país, para, en caso de necesidad, como ahora acontece, ir a refugiarme en él; pues es muy reparador hallarse de pronto en una nueva condición o estado, aunque no sea más que imaginativamente."

Buzón de fantasmas De Manuel Gómez Morín al Abate González de Mendoza

Agotado y decepcionado por su trabajo como abogado y economista al servicio de la Revolución durante 1925 y 1926, Manuel Gómez Morín "se recetó un descanso para él y su familia" en España, Francia e Inglaterra, donde pasó una larga temporada cerca de Manuel Palacios Macedo y José Vasconcelos: los tres, señala Krauze en Caudillos culturales en la Revolución mexicana (p. 237) "representaban a mediados de 1927 un germen de oposición civilista al régimen revolucionario". Después de recorrer toda España, Gómez Morín escribió sus hermosas impresiones de viaje en la "conferencia" España fiel que leyó en la Universidad y que, ilustrada por Gabriel García Maroto, publicó Cultura en 1928. La conferencia deberá ser recogida algún día en una necesaria antología de viajeros mexicanos en España. Puede adivinarse que el Abate González de Mendoza leyó España fiel y le provocó al paladín de 1915 una respuesta que bien podría servir de colofón al libro. G.S.

13 de abril de 1929

Sr. J. M. González de Mendoza,
20 Rue Berthollet, Paris, Francia.

Muy estimado y buen amigo:

He leído ya —dos, tres veces—, su carta del 14 de marzo. Me parece muy bien; pero con una visión de España no sólo contraria a la que yo tuve, sino tan parcial, cuando menos, como la mía.

España, vista desde el otro lado de los Pirineos, puede ser tan injustamente apreciada como vista desde este lado del Atlántico. La proximidad, además, allá, opera el microscopismo de Gulliver en el país de los gigantes. Luego, la permanente y sutil embriaguez francesa,

—también se puede adormecer con "mesure et proportion"— obliga a desestimar otras formas de vida, de cultura y de organización.

¿No será un poco obra de la colonización francesa, ese su sentido pesimista de la vida española?

Reconozco que si hay microscopía viendo a España desde los Pirineos, puede haber el fenómeno contrario cuando se la vé desde este lado del mar. Y si desde el punto de vista francés puede decirse: "Ce sont des brutes!", desde el punto de vista mexicano tenemos que decir con asombro complacido: "¡son ángeles!"

¡Ah! querido amigo. ¡Aquí donde la tragedia espera a la esquina de cada semestre, donde el único contacto con la tradición y el pasado es la más sangüinaria crueldad, cuán limpia, cuán pura resulta la vida española!

Pero admitir que todo sea en el caso cuestión de punto de vista, es dejar el asunto en la posición en que usted lo pone ahora y en que quieren colocarlo gentes como Ortega: "España ya no es América; pero todavía no es Europa". O, mejor: "España ya no es Europa; pero todavía no cae en los abismos americanos" y, para ser más preciso, "en los abismos mexicanos". Y a mí esta posición me ha parecido siempre bovarysta, derrotista, incomprensiva.

Cuando conocí personalmente a don José Ortega —y usted me perdonará el desacato— cuando ví aquel señor con cara de buen gachupín abarrotero que no podía juntarse con sus polainas ni con sus guantes ni con su saco negro ribeteado de seda, tuve la sensación precisa de que sus teorías se fundan realmente en razones íntimas de su fisiología más que en datos objetivos del problema español. Una comprobación más de